



Pregón 2011

# Pregón 2011

María Jesús Ruiz Fuensanta

**H**ermano Mayor y Junta de Gobierno de la Muy Ilustre, fervorosa y Antigua Hermandad y Cofradía de Nzarenos de Nuestro Padre Jesús del Perdón y María Santísima de la Esperanza, autoridades municipales y religiosas, familiares, amigos y, en general, vecinos de Manzanares que hoy asistís a este hermoso acto.

Quiero comenzar mi intervención con unas frases de agradecimiento: en primer lugar a D. Jesús Iniesta por las amables y generosas palabras que me ha dedicado en su presentación. Y, en segundo lugar, a la Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón y a su Hermano Mayor, D. Agustín Trujillo, por haberme concedido el grandísimo privilegio de ser pregonera de las fiestas en honor de nuestro muy querido y venerado Patrón. Sería imposible resumir aquí en unas cuantas palabras la dicha que me habéis procurado asignándome esta misión.

Por mi actividad profesional estoy habituada a hablar en público. Sin embargo, no me importa confesáros que en el día de hoy me invade cierto nerviosismo pues siento que pesa sobre mí una gran responsabilidad. En la soledad que acompaña al escritor he dedicado numerosas horas a reflexionar sobre el contenido de este pregón, preguntándome, muy especialmente, cuál podía y debía ser mi contribución particular al elenco de brillantes discursos pronunciados por mis predecesores en esta encomienda. Durante esa reflexión, he tenido la oportunidad de revivir con intensidad y hacer balance de la presencia de Jesús del Perdón en el camino de la vida que he recorrido hasta el momento. Mi relativa juventud condiciona que las vivencias acumuladas no puedan compararse en extensión con las de otros pregoneros, pero, a pesar de ello, me produce una gran satisfacción poder compartirlas con vosotros.

En este mundo en el que todo se desarrolla apresuradamente, todos presumimos y asumimos que nuestros padres nos quieren sin necesidad de tener que pararnos a pensarlo: es un saber interiorizado. Sin embargo, si tan sólo nos detuviéramos un minuto para mirar nuestro entorno con los ojos del que descubre las cosas por primera vez podríamos apreciar y regocijarnos con los gestos de amor que nos dedican a diario. A este tipo de reflexión es a la que me refiero. Los manzanareños sabemos y creemos firmemente que Jesús del Perdón, que Nuestro Padre, nos

acompaña en nuestras vidas, al igual que acompañó a nuestros antepasados en otros momentos de la Historia de nuestro pueblo —algunos de ellos bien conocidos por todos, como el inolvidable episodio del Viernes Santo de 1809. Se trata de una creencia que los hijos de Manzanares, de nacimiento o adopción, tenemos afianzada en lo más profundo de nuestro ser. Pero, paradójicamente, la interiorización de esta certeza puede conducirnos a que en el trasiego de nuestra actividad cotidiana nos olvidemos de ella, en lugar de tenerla presente de forma consciente y viva.

Aunque el amor de Nuestro Padre Jesús del Perdón está también profundamente arraigado en el corazón de aquellos que tuvieron que emigrar de nuestro pueblo por motivos familiares o profesionales, quienes vivimos aquí tenemos la fortuna de poder cumplir habitualmente con las tradiciones que nos acercan familiarmente a Nuestro Patrón. Al igual que los aquí presentes y, en general, como muchos de los vecinos de Manzanares, acudo los viernes a la Ermita de la Vera-Cruz para besar el pie a Jesús del Perdón como símbolo de devoción y pleitesía. Nada más entrar en el templo, puedo percibir el ambiente de oración y recogimiento que lo invade. Inmediatamente me encamino hacia el altar, mientras busco con la mirada el rostro de Nuestro Padre. Cuando la cercanía me permite por fin distinguirlo con nitidez, me sorprende al comprobar cómo su expresión es, de alguna manera, el reflejo de mi estado interior. Alegría o tristeza, sosiego o preocupación, todo se proyecta en su semblante.

Tras cumplir con el acto del besapie me siento en uno de los bancos y converso en silencio con Él. Le cuento cómo se ha desarrollado mi semana, dándole gracias por tantas y tantas cosas con las que me obsequia (nos obsequia) a diario y pidiéndole perdón por aquellas ocasiones (más de las deseables) en las que las acciones realizadas no son un buen testimonio del mandamiento de amar al prójimo como a uno mismo. No soy la única, pues a mi alrededor otros hermanos, con la vista fija en su hermosa imagen, le describen a Jesús del Perdón sus venturas y tribulaciones; probablemente vosotros seáis unos de ellos. Con esa mirada que refleja a la perfección su infinita ternura, comprendemos que Nuestro Padre nos escucha y nos



perdona. Y por eso, cuando abandono la Ermita, me voy sintiendo una gran paz y el espíritu fortalecido.

¡De cuántas plegarias habrán sido testigos silenciosos los muros de la Ermita de la Vera-Cruz! Las fiestas de septiembre son precisamente el homenaje cariñoso y emotivo que los hijos de Manzanares rendimos a Nuestro Padre Jesús del Perdón por su amorosa tutela. El acto en el que nos encontramos, junto con el de ayer en el que tuvo lugar la imposición de las medallas con las que se reconoce a los hermanos más veteranos de la Hermandad, no son sino el arranque de dos semanas en las que la notabilidad de Jesús del Perdón en nuestra "fidelísima villa" será, si cabe, aún más visible. Dos semanas durante las cuales las celebraciones religiosas y las actividades lúdicas y deportivas se sucederán con el mismo objetivo de festejar el patronato de Nuestro Padre Jesús del Perdón.

Con nuestro pueblo orgullosamente engalanado, mañana la imagen de Nuestro Padre saldrá de nuevo a la calle en su traslado desde la Ermita de la Vera-Cruz a la Parroquia de la Asunción. A pesar de lo breve del trayecto, siempre me ha impresionado la expectación que despierta este acontecimiento y la solemnidad que lo preside. La gente apostada en las aceras espera la llegada de la imagen. Cuando por fin llega a su altura, algunos optan por incorporarse al grupo de personas que recorren el itinerario detrás del paso hasta llegar a la plaza. Una vez allí, muchos se arremolinan en torno a la verja de la Parroquia para acompañar fervorosamente a Nuestro Padre hasta el último instante.

Ese mismo fervor se distingue igualmente en los fieles asistentes al solemne novenario en honor de Jesús del Perdón, en el transcurso del cual se nos recuerda que el perdón es la expresión máxima del amor y que, por tanto, perdonar es amar. Bajo la atenta mirada de Nuestro Padre, se nos recuerda, en definitiva, cómo debe ser nuestra vida como católicos. Amor, perdón, caridad fraterna, justicia, solidaridad, etc. son valores bien conocidos por todos, cristianos y no cristianos. Y, sin embargo, en ocasiones se detecta una evidente carencia práctica de los mismos, tanto en nuestro entorno más inmediato, como en la esfera global.

Vivimos actualmente una crisis económica que está afectando gravemente a muchas familias y que estuvo inicialmente causada, entre otros factores, por una especulación inmobiliaria sin cortapisas y una ausencia de comportamiento ético de determinados agentes económicos, que mediante operaciones de lo que se conoce como ingeniería financiera ocultaron deliberadamente la enfermedad o contaminación de determinados títulos financieros. Es así como la ausencia en el ámbito económico de los valores humanos y cristianos fundamentales ha desembocado en un hecho cuyas consecuencias, como todos sabe-

mos, están siendo nefastas, pues lo que en un principio surgió como una crisis financiera se ha trasladado, con toda virulencia, a la economía real representada por los hogares y las empresas.

Siendo justos, esta carencia de ética en las relaciones económicas y empresariales no es un rasgo atribuible en régimen de exclusividad a la sociedad en la que vivimos. Ya en 1931, por tanto dos años después de haber acontecido la Gran Crisis de 1929, el Papa Pío XI ya alertaba en su encíclica *Quadragesimo Anno* (nº 42) que "es equivocado separar los ámbitos de lo económico y lo moral hasta el punto de que aquél carezca de toda dependencia de éste". Desde el surgimiento de la actual crisis en el año 2007, en numerosos foros se ha intentado buscar un paralelismo entre nuestra actual coyuntura económica y la existente a finales del primer tercio del pasado siglo, manejando sobre todo variables relacionadas estrictamente con el ámbito económico. Pero pocos son los que han apuntado directamente a la posible existencia de una asociación entre la crisis económica y la carencia de compromiso moral. Sí lo hace el Santo Padre Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in Veritate* (nº 36), dada a conocer en el año 2009, en la que reclama precisamente la necesaria vinculación entre la economía y la ética cuando afirma, por ejemplo, que "el sector económico no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza. Es una actividad del hombre y, precisamente porque es humana, debe ser articulada e institucionalizada éticamente".

Las relaciones económicas deben estar, pues, presididas por valores como la justicia y la solidaridad y por aspiraciones como la búsqueda del bien común, pues tal y como señala Benedicto XVI en la citada carta encíclica "el objetivo exclusivo del beneficio, cuando es obtenido mal y sin el bien común como fin último, corre el riesgo de destruir riqueza y crear pobreza" (*Caritas in Veritate* nº 21). A esta misión consistente en la búsqueda del bien común estamos llamados todos, y no sólo los hombres de estado, en la medida de nuestras posibilidades. Para ello tan sólo tenemos que desechar cualquier manifestación de egoísmo y pensar, en su lugar, en las necesidades de la comunidad social en la que habitamos, dejándonos guiar siempre por los valores fundamentales de la vida social que son la verdad, la libertad, la justicia y el amor.

En mi doble condición de católica y de docente e investigadora universitaria en el ámbito de la economía me preocupa enormemente esta disociación entre la praxis económica y los valores sociales fundamentales. Es evidente que la educación es una de las vías más eficaces para lograr que los caminos de estos dos elementos básicos vuelvan a encontrarse, en aras a garantizar la obtención de un desarrollo económico que salvaguarde la dignidad humana. En particular, con independencia de las convicciones re-

ligiosas de cada cual, se debe transmitir con claridad a los futuros técnicos de la ciencia económica y empresarial la idea de que el ejercicio de su profesión no está exento del cumplimiento de un código moral; un código cuya inobservancia nos ha catapultado a la calamitosa situación económica actual. En definitiva, estos futuros profesionales han de comprender que la búsqueda del beneficio es efectivamente un fin legítimo, pero que a la hora de alcanzarlo las medidas adoptadas no sólo han de evaluarse en términos estrictamente monetarios, sino también en función de sus costes sociales.

A tenor de lo dicho, son los jóvenes, por tanto, los depositarios de nuestras esperanzas para construir un mundo más justo e igualitario donde, además de procurarnos nuestro propio bienestar, cada uno vele también por atender las necesidades del otro. Y en mi opinión, tenemos motivos para ser optimistas y confiar en que estas expectativas de futuro se verán cumplidas. Esta convicción que aquí manifiesto se sustenta en el maravilloso ejemplo de compromiso con Cristo y con la Iglesia exhibido por el millón y medio de jóvenes venidos de todo el mundo hace tan sólo unos días para celebrar en Madrid de la mano del Papa Benedicto XVI la Jornada Mundial de la Juventud. Estos jóvenes que durante estos días nos han dado una lección de respeto y convivencia fraterna son casualmente uno de los colectivos que están sufriendo con mayor intensidad en nuestro país las consecuencias de la actual crisis, con tasas de desempleo que superan el 40%. Preocupado justamente por esta circunstancia, Benedicto XVI alentó a los jóvenes durante este encuentro a no perder, ante esta dificultad, la esperanza y la fe en Cristo y a construir su futuro sobre los valores cristianos.

Son muchos los jóvenes y, en general, las familias de nuestro pueblo que han demostrado precisamente su caridad fraterna y su vinculación con la Iglesia colaborando con este evento, bien acogiendo en sus hogares peregrinos venidos de otros países, bien acudiendo a Madrid para participar activamente en las distintas actividades y celebraciones litúrgicas organizadas. Ellos son una buena representación de los jóvenes manzanareños, entre los que si me lo permitís me incluyo, que al igual que nuestros mayores conservamos en nuestro corazón una profunda devoción por Nuestro Padre Jesús del Perdón. Nuestros padres y nuestros abuelos se encargan desde que nacemos de inculcarnos el amor por Nuestro Padre, y a medida que crecemos esa semilla también crece hasta convertirse en un árbol de robustas raíces.

Por esta razón, cada 14 de septiembre, día de la Exaltación de la Santa Cruz en el que conmemoramos el patronato de Nuestro Padre Jesús del Perdón, los hijos de Manzanares que tuvieron que marchar a otros lugares vuelven a ésta su casa y se suman a los que aquí habitamos para acompañar todos juntos a

Nuestro Padre en la tradicional procesión con la que culmina para nuestro pueblo una jornada de júbilo y celebración. Al igual que aquél 31 de marzo de 1809, fecha en la que el párroco Don Pedro Álvarez de Sotomayor, encabezando al pueblo de Manzanares, sacó la imagen del Cristo Arrodillado para salir al encuentro del general francés Sebastiani e implorar su perdón, así, la imagen de Nuestro Padre recorrerá como cada septiembre las calles de nuestra localidad para recordarnos que ante cualquier adversidad Él siempre saldrá en nuestro auxilio y nos proporcionará consuelo y fortaleza.

Se acerca ese emotivo día. Hasta entonces participemos y disfrutemos todos de las distintas actividades programadas con motivo de nuestras fiestas patronales: verbenas, conciertos, competiciones deportivas y otros muchos eventos que harán que pasemos unos agradables ratos de ocio y entretenimiento con nuestros familiares y amigos. Pero no olvidemos el sentido último que las motiva, que no es otro que la expresión del fervor religioso hacia Nuestro Padre Jesús del Perdón, o en un sentido más coloquial, la manifestación del cariño de unos hijos a un Padre bondadoso.

En la recta final de este pregón, quiero terminar como comencé, agradeciendo nuevamente a la Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús del Perdón el gran privilegio que me han concedido al permitirme pregonar las fiestas en honor de Nuestro Padre Jesús del Perdón. Espero sinceramente haber sabido corresponder a la confianza depositada. Quiero felicitaros, además, por vuestro trabajo desinteresado gracias al cuál, y al de aquellos otros hermanos que han formado parte de sus órganos de gobierno a lo largo de los años de historia de la Hermandad, hoy la misma constituye una institución a la que todos los manzanareños debemos estar agradecidos por haber contribuido de forma tan significativa no sólo a conservar, sino también a incrementar el patrimonio artístico y cultural de nuestro pueblo. A ella me encuentro vinculada tanto formal como sentimentalmente de una manera especial, pues en el año 1984, siendo aún una niña, formé parte, junto con mi madre, de la veintena de mujeres que por vez primera procesionaron con la túnica verde y blanca acompañando a la imagen de María Santísima de la Esperanza.

Aprovecho también para darles las gracias a mis padres por su entrega incondicional. Son ellos quienes me han sabido infundir desde la infancia el amor por Nuestro Padre Jesús del Perdón.

Y finalmente a vosotros, amigos que hoy asistís a este acto, os doy las gracias por la atención con la que habéis escuchado mis palabras, y os deseo de todo corazón unas felices fiestas.

En Manzanares, a 3 de septiembre de 2011